

Después de todo lo expuesto, se comprende la imposibilidad material de que en la Patología del hombre las funciones morbosas viscerales se mantengan localizadas, sin propagarse hacia los órganos asociados por la función ó similares por su textura. Esto particularmente ocurre en los procesos agudos, porque en este caso la misma viveza evolutiva de los fenómenos no permite que el organismo se adapte y se muestre tolerante. En el niño y en el adulto es cuando la resonancia de una lesión primitivamente local se deja sentir con mayor intensidad; al paso que en el viejo, con sus reflejismos nerviosos más dormidos y con su sistema vascular esclerosado, poco dispuesto á la hiperemia, todo evoluciona más mansamente.

Por virtud de aquella condición los procesos clínicos siempre resultan de hechos más complexos de lo que podría suponer un examen superficial; pero no se crea que la unidad

patológica se quiebre, á pesar de las conexiones que se van estableciendo. La verdadera Medicina ha de consistir en esa apreciación de conjunto de los estados patológicos, del propio modo que el conocimiento de la vida normal en un individuo diferenciado, sólo puede alcanzarse contemplándole en su totalidad; y es tanto más obligada esta manera de raciocinar en cuanto, según en otro lugar queda dicho, cada organismo reacciona á su modo y cada órgano contesta siempre como órgano entero, nunca con una de sus partes. Esta confederación de factores no puede suponer en manera alguna heterogeneidad de lesión y heterogeneidad de actos, sino la tendencia equilibrante de un organismo complejo en su estructura, pero unitario en la acción. Véase sino un expresivo ejemplo.

El *diplococcus* pneumónico, cuando por cualquier influencia accidental—traumática, térmica, higrométrica, etc.—se hace virulento, engendra una pneumonía lobar, determinando por acto de presencia y por virtud de sus secreciones una infiltración fibrinosa, como resultado de una serie de modificaciones producidas en los alvéolos, en los vasos y en los nervios terminales. Queda ya establecida una

lesión local; pero simultáneamente y hasta con apariencia engañosa de prioridad, se desata un movimiento febril vigoroso, precedido de frío intenso: pirexia que, aun dada la potencia pirógena de las toxinas pneumocócicas y de su fuerza de diseminación, no es posible explicar en buena fisiología patológica sin grandes reacciones celulares muy generalizadas y sin el apoyo vascular, desordenado en el sentido del ritmo y de la presión. A todo esto el foco de esplenización y de hepatización pneumónico acarrea fluxiones colaterales en el pulmón mismo ó en su congénere, ó en el hígado — si el embargo del diafragma hace perezoso el desagüe de las venas suprahepáticas — ó todavía en órganos más distantes como el encéfalo y los riñones. Por virtud de estos fenómenos vasculares reductibles hasta cierto punto á un acto de mecánica, aumenta la presión cardíaca, sobre todo en el ventrículo derecho y en las venas cavas, lo cual á su vez aumenta los éstasis cefálicos, hepáticos, esplénicos y renales. La sangre que circula por la red capilar de estos órganos se remansa, resintiéndose en seguida la nutrición de sus células; y crece el material de desecho, uniendo un nuevo factor de toxi-

cidad á la producida ya directamente por el pneumococo. Agréguese á esta multitud de lesiones y de actos morbosos, la desviación de las funciones cerebrales por nuevas colonias microbianas establecidas, ó por la influencia tóxica directa sobre la substancia gris ó por las simples modificaciones circulatorias meningo-encefálicas, y se tendrá un esquema representativo de las conexiones que con rapidez se establecen entre la mayor parte de los órganos de nuestra economía, á partir de un hecho tan simple como la fijación de los pneumococos en una zona circunscrita del parénquima pulmonar. Proceso complejo en todos sentidos: en el formativo, vascular, neurótico, bio-químico, pirógeno y fagocitario; proceso que, á pesar de la brevedad de su ciclo, habría de terminar necesariamente por la muerte si, á favor de las leyes biológicas de regularidad y de equilibrio, las células no se defendieran — *passsez le mot*, — si los emunctorios no eliminasen los residuos tóxicos y, sobre todo, si el centro de inervación no mantuviese su imperio impidiendo el colapso cardíaco que es la preagonía del pneumónico.

Pero todavía hay más: como cada indivi-

duo, por efecto de múltiples circunstancias, reacciona á su modo, es preciso que el patólogo sepa apreciar las infinitas variantes que imprimen carácter á cada caso, ya que la práctica de la Medicina es siempre individual; y estas apreciaciones no pueden hacerse, y estos polimorfismos de una sola entidad morbosa no pueden ser reconocidos, si el clínico, reduciéndose con mira estrecha á la contemplación de una sola parte de aquella inmensa colectividad morbosa, no abarca el total conjunto; si no sabe, en una palabra, ver el enfermo como suma unitaria, y no con una lesión circunscrita.

Los exclusivismos matan y los prejuicios de escuela constituyen la rémora del adelanto científico. Así, en materia de infecciones agudas, sería un error lamentable no ver en los procesos patológicos más que actos bio-químicos celulares, para subordinarlo todo al hecho de la infección; como si nuestro cuerpo, tipo de los diferenciados, no fuese un *complexus* anatómico que funciona solidariamente. La verdadera patología es la que sabe hacer el justiprecio de cada uno de los equivalentes en la ecuación de la enfermedad; la que sabe disecar hilos, uno á uno, para ordenarlos

y entrelazarlos después y formar la madeja. Diferenciar é integrar, analizar y sintetizar: he ahí el único derrotero que conduce á la verdad en Patología.

Sólo de esta manera es posible apreciar si la serie de procesos que simultánea ó sucesivamente evolucionan en un mismo individuo son disimilares é inconexos, ó andan asociados cada uno por su vía, ó si derivan de un mismo tronco; que de todo hay en el ancho campo de la Clínica. Sirvan de muestra el enlace del sarampión y la viruela; de la escarlatina y la difteria; de la angina de Löffler y de la estreptocócica; del bacilo de Eberth y el de Friedländer; del de Yersin y las bacterias puógenas; del embarazo y la uremia; de los sarcomas y carcinomas mamarios y el reumatismo discrásico; de los fibromas intersticiales ó pediculados del útero con dolorosísimas fluxiones articulares que aparecen así que las metrorragias menguan por espontáneas regresiones de la edad ó por las prácticas de electrolisis; la concurrencia en un alienado de las artrítides y la obesidad..... todo esto y mucho más sólo puede tener justificación diagnóstica estudiando el enfermo de cuerpo entero.

De todas suertes y en corroboración de las leyes unitarias tantas veces repetidas en este Discurso, puede afirmarse que la morbosidad tiende más á la asimilación y unión de procesos en un mismo individuo que á su heterogeneidad y divorcio, por manera que en buena clínica siempre hemos de tener empeño en inquirir si las múltiples manifestaciones morbosas, lejos de suponer hechos de pura coincidencia, por el contrario, derivan de un origen común, porque únicamente así habrá acierto en la terapéutica. Un sexagenario prostático, poliúrico, hipoazotúrico, hemorrágico, disneico y amnésico, aunque con variados actos morbosos, no es más que un solo enfermo, porque todos sus quebrantos materiales y funcionales proceden de un mismo tronco: de la *esclerosis generalizada*. Otro, neurálgico, eczematoso, bronquítico, asmático y hemorroidario, no padece más que un proceso fundamental: el *artritismo*. Lo propio ocurre, de ordinario, en los afectos agudos y especialmente en las infecciones. Varias de ellas, por ubicuidad ó por emigraciones de su microbio patógeno son polimórficas y aparentan, más que una unidad morbosa, una suma de localizaciones de naturaleza desemejante.

A este tenor la grippe, proceso unitario bien definido, ofrece á veces en el mismo enfermo un catarro gastro-intestinal, una bronquitis, una hiperemia del engrosamiento dorso-lumbar de la médula con paraplejia, miosalgias diseminadas, nefritis catarral y muchas cosas más: sin embargo, se trata de un solo proceso, hasta sin asociación microbiana. Del mismo modo una infección puerperal, una infección reumática, una infección palúdica.

Pero la clínica se ha de ajustar á la realidad de los hechos, y no porque resulte muchas veces comprobada la unidad morbosa, hemos de extremar esta unificación aplicándola á todos los casos, porque entonces, cual ocurre en estos instantes con la apendicitis, correríamos el riesgo de caer en exageraciones lamentables.

VI

Sintetizando: La Patología humana ofrece tres grandes caracteres: uno común á todos los seres de la escala zoológica; otro, que es propio también de los animales con órganos diferenciados; y uno, privativo del hombre.

Como éste, en síntesis anatómica, es una inmensa agrupación celular, la patología de sus células — dada la unidad de las especies — ha de ser fundamentalmente igual á la de los organismos unicelulares, sin más variantes que las anejas á la evolución; por manera que la fórmula patológica es reductible á una desviación nutritiva del núcleo y del protoplasma. — Como el hombre es además metazoario, tiene un gran número de órganos análogos á los de otros animales de categoría superior, y cuando entran en función morbosa actúan solidariamente, porque ya en estado normal su trabajo es asociado y están unidos por vínculos vasculares y nervios comunes. — Como el hombre, por la perfección

de su sistema nervioso y especialmente por su admirable construcción cerebral, está grandemente distanciado de todos los animales vivientes, la característica de su Patología ha de encontrarse, por la fuerza inapelable del hecho, en los actos fisio-patológicos que su sistema nervioso ejecute. O no tiene el hombre enfermo sello distintivo alguno, ó si le tiene no puede reconocerse en otra parte que en las funciones del sistema de inervación, ya que desde la vida embrionaria y en las evoluciones normales sucesivas siempre él ha demostrado su imperio — después de la actividad de las células, que está antes y por encima de todo—.

VII

Estas afirmaciones sirven para fundamentar una Terapéutica que, si se ajusta al carácter y á la manera de ser de la Patología humana, será racional; pero siempre con la protesta previa de que el ejercicio de la Clínica obliga á una serie de modificaciones de los planes curativos, que serán tantas cuantas resulten de esa eterna variabilidad de los procesos, dependiente de la manera de reaccionar de los individuos ante las causas morbosas. He ahí por qué todas las reglas generales que puedan indicarse y todas las leyes que quieran establecerse, como fundamento de la Terapéutica, estarán siempre subordinadas á la condición individual de los enfermos. Es por esto que la práctica de la Medicina, ó sea la aplicación á un caso concreto de los conceptos científicos, supondrá un acto personal del médico y, como personal, una manera del arte, dígase lo que se quiera en contra.

De todas suertes, ha de haber concordancia y unidad entre la Patología y la Terapéutica, como la hay entre aquélla y la Fisiología; y si ha sido posible establecer una fórmula de la vida normal y de la vida patológica, no ha de ser difícil tampoco formular sintéticamente el carácter y las condiciones de la Terapéutica humana, porque á la luz de la Biología las tres están unidas por un lazo común. Pueden, á este propósito, indicarse los siguientes conceptos: Dado que no cabe admitir la espontaneidad morbosa, el primer objetivo de la ciencia de las indicaciones ha de ser la extinción de la causa patógena, en los límites de lo posible. — Dado que el *substratum* material de nuestro cuerpo es la célula y que la enfermedad es una función representada por las reacciones del organismo contra la acción de las causas morbosas, ha de ser objeto predilecto de la terapéutica el sostén de las energías celulares. — En los organismos diferenciados y muy especialmente en los de categoría más superior, la vida no depende sólo del automatismo celular estimulado por el medio ambiente, cual ocurre en un protozario, sino, á la vez, de la acción combinada de los órganos. Interesa, pues, que

el terapeuta se esfuerce en mantener éstos en un relativo estado de regularidad y de equilibrio, para que los actos se cumplan y pueda el enfermo defenderse y vivir interin el ciclo morboso declina y se extingue. — A esta tercera acción debe añadirse otra que es la que da carácter humano á la Terapéutica y que tiene por objeto el sostenimiento de las energías del sistema nervioso, porque es el que tiene centralizadas, como en un haz, todas las funciones del cuerpo y es, en la lucha con la enfermedad, el *ultimum moriens*; aparte del primordial interés que ha de tener todo terapeuta en la conservación de la psique del hombre.

Si no ando equivocado, estas cuatro indicaciones sintetizan toda la Terapéutica, puesto que, como veis, se adaptan á cada uno de los grandes actos que constituyen la enfermedad en el hombre: acción de las causas; reacción de las células contra las mismas; solidarismo funcional de los órganos, y predominio del sistema nervioso. Pero llegado á este punto, y aun á trueque de fatigar vuestra atención, permitidme, Señores, que siguiendo el mismo orden establecido, entre en algunos detalles, que de paso me servirán para hacer la crítica de algunos tratamientos hoy en boga.

VIII

Hay mucho de ilusorio en la Terapéutica causal; y, por fortuna, nuestro organismo á menudo nos defiende de las acciones patógenas.

Relacionado con los conocimientos etiológicos que hoy día poseemos, casi es un dogma admitir que las infecciones por causa viva vienen del exterior—hetero-infección—, que tienen un origen local y residen precisamente en un órgano que está más ó menos en relación con el medio ambiente: piel ó mucosas. Por lo tanto la terapéutica se ha de apresurar á extinguir el foco local para poner al enfermo á cubierto de una infección generalizada. Nada más lógico, cuando en la zona de penetración se producen actos morbosos reconocibles por nuestros sentidos y cuando la región afecta cae bajo la jurisdicción de nuestros medios directos. La ancha y más frecuente vía por donde se operan las infecciones primitivas, es sin disputa el aparato di-

gestivo, por su relación directa con el mundo exterior; por pulular en ella una inmensa flora que en un momento dado, por cambio en el medio, puede hacerse virulenta; también por el fácil ingreso de microbios patógenos; por las fermentaciones de las substancias alimenticias, actos de botulismo producto de las más variadas causas, incluso las de orden psíquico (sic) y hasta por toxicidad accidental de los mismos fermentos digestivos, cosa nada insólita desde que se ha podido comprobar que la ejercen normalmente si penetran en la sangre. En estas infecciones gastro intestinales, aunque sean eberthianas, se comprende todo el beneficio de la antisepsis, lograda mejor que con cosa alguna, con los eméticos ó con los purgantes—según las circunstancias, — puesto que la dilatada lista de los *soi disant* antisépticos solubles ó insolubles dista mucho de merecer el valor terapéutico que algunos les han asignado.

Un foco local en la piel, en el aparato génito-urinario, en las fauces, por ejemplo, puede también ser atacado y extinguido de diversas maneras; pero ya es tarea más difícil, si no imposible, dominarle cuando la primera localización se establece en las profun-

didades del aparato respiratorio, á pesar de todas las perfecciones del tratamiento atmíátrico.

Pero es el caso que, aun suponiendo por el buen sentido que un agente microbiano debe siempre penetrar por superficie libre, algunas veces la inmigración se ha realizado tan silenciosamente que nos pasa desapercibida: tal ocurre en algunos casos de septicemia puerperal, en la mayor parte de las pirexias exantemáticas y hasta en la grippe de forma cerebro-espinal. En tales casos, es ocioso decir que no procede emplear con confianza un tratamiento antiséptico local, porque falta objetivo.

La acción tópica ejercida sobre la superficie de nuestro cuerpo por los agentes físicos, como la electricidad, el calor, la luz, la humedad, la presión y toda la serie que constituyen ese *mundo de la energía*, como la denomina Arsonval, podrá reclamar el uso de los antisépticos, pero á nadie se oculta que con ellos sólo puede modificarse el efecto ya constituido en los órganos, pero no la causa misma, contra la cual sólo la Higiene puede obrar preventivamente.

Tampoco cabe en rigor la medicación cau-

sal, sino la profilaxis, contra los procesos más ó menos generalizados que, en vez de depender de una causa exterior, resultan de actos cumplidos directamente por el organismo. El tipo de esta morbosidad lo encontramos en el *surmenage*, en la fatiga patológica, cualquiera que sea la forma clínica que revista, neurótica, muscular, cardio pulmonar, etc. Si bien el agotamiento físico y psíquico que le acompaña favorece grandemente la invasión microbiana del organismo, él en sí evoluciona primitivamente sólo por exageración de la función normal de ciertos órganos; dando lugar á intoxicaciones terribles, ora porque en la forma mental el trabajo exagerado de las células cerebrales acelera su movimiento de desasimilación, intoxicándose su protoplasma, ora porque en la forma muscular en vez de nutrirse el músculo con las substancias no azoadas que le suministra la sangre en estado normal, cuando se fatiga consume sus propias substancias albuminoideas y elabora materiales de gran potencia tóxica, si otros órganos, como las cápsulas supra-renales, no cuidan de neutralizar.

Aunque en la Patología humana y en la comparada no se encontraran otros hechos

que atestiguaran la posibilidad de un estado morbozo sin una causa exterior directa, bastaría el de la fatiga patológica para demostrar que en Terapéutica la indicación propiamente causal tiene un campo más reducido del que á primera vista se podría suponer. Téngase también en cuenta que la enfermedad es un proceso que evoluciona, que marcha, que se mueve, aun después de haber cesado la acción causal, y que está necesitado de otras intervenciones curativas.

IX

No cabe comparar la importancia de la primera indicación terapéutica, con la segunda, que tiene por objeto—conforme se ha expresado—sostener la energía y el equilibrio celular. No puede ser de otra manera, siendo como es la enfermedad una reacción del *substratum*; siendo esta reacción, en la lucha con las causas patógenas, la que salva ó la que pierde; siendo las células los órganos que, á pesar de la acción etiológica, pueden permanecer íntegros, sin desviarse de la línea normal. De consiguiente, todo lo que en cualquier orden que sea, dé apoyo, sostén y vigor á la célula puesta en actividad morbosa y mantenga equilibradas sus funciones, cumplirá un alto fin terapéutico. Los esfuerzos que en la actualidad las ciencias físico-químicas y fisiológicas están haciendo en beneficio de la Terapéutica, vienen en mi apoyo, porque se fundan en la actividad celular.

Desde luego nada superior en este sentido

á los beneficios de la alimentación y de la atmósfera respirable, porque necesitando nuestras células que la sangre les suministre los materiales para su nutrición, es evidente que el líquido circulante, verdadero endocosmos, para aportarlos les ha de recoger á la vez en los productos elaborados por el aparato digestivo y en el oxígeno que ingresa por la respiración. Pero el terapeuta tiene disponibles además ciertas energías, como la mecánica, la térmica, la lumínica y hasta la eléctrica — ésta como resumen de todas — que separadas y conjuntamente dan como resultante la vigorización celular. Aparte de la alimentación, más hemos de fiar en el movimiento, en la acción del sol y del aire puro que en todo el arsenal de la Terapéutica.

No podía haberse ocultado á la sagacidad de los clínicos— dejando aparte toda sutileza de lenguaje— que el organismo *se defiende* de las causas morbíficas. El *Natura sanat* constituirá siempre á los ojos de todo observador desapasionado una representación fiel de la realidad de los hechos. ¡Desgraciada humanidad si no fuera así y si hubiese debido esperar el maná de la Terapéutica al través de los siglos! Las investigaciones modernas

se han encargado de dar una sanción demostrativa á lo que siempre la Clínica humana y la Patología comparada habían enseñado; y es que los hechos, Señores, si están bien observados, son siempre los mismos: lo único que varía con la evolución de los tiempos es su explicación, la manera cómo se producen, su funcionalismo, en una palabra. De todas suertes, felicitémonos de saber que esas substancias virulentas elaboradas por el mundo microbiano y que esos plastídulos organizados sin forma microscópica determinada, pero que también son terriblemente patógenos —díganlo la sífilis y la rabia—pueden en varios casos hacerse inofensivos por la suma de actividades que en nuestras células y humores ellos mismos despiertan, ya al rededor del punto de su ingreso y de la primitiva pululación, ya una vez los elementos configurados ó sus productos han pasado á la sangre. Felicitémonos igualmente de que, gracias á la acción bactericida del suero sanguíneo y de otros líquidos circulantes y á las protestas de las células, haya animales *per natura* refractarios á la infección ó que se vuelven inmunes artificialmente, mediante previas vacunaciones. Sorprendámonos del descubri-

miento, en manos de Mechnikoff, de la actividad fagocitaria de los leucocitos y de las células linfáticas, que, á su vez, lleva aparejada la formación en el plasma y en los tejidos de nuevas sustancias antitóxicas, elaboradas en virtud de la reacción celular contra la acción de los microbios patógenos, ó de los productos tóxicos, que nada tienen que ver con la microbiología, ó de las simples causas físicas y traumáticas: tan grande es la energía y estabilidad de las células.

De esto ha nacido la seroterapia, como avanzada de una gran revolución terapéutica. Conocemos todos sus lamentables fracasos; pero así y todo, como es un método terapéutico que tiene razón de ser científico, como es una deducción lógica de los hechos celulares y plasmáticos que la observación y la experimentación han puesto de relieve, no dudo que marca una nueva senda, estrecha, difícil de recorrer si se quiere, pero que ha de conducir á un terreno amplio de aplicaciones terapéuticas. Por el pronto la virtud, comprobada en varios países y en España mismo, del suero antidiftérico—desgraciadamente no sobre el proceso general de infección, sino sobre las pseudo-membranas, cuyo rápido des-

prendimiento facilita—se encarga de demostrar que la seroterapia es una verdad. Ya era hora que así sucediese, pobre como está todavía la Terapéutica farmacológica de medicamentos de una acción interna microbicida: sólo la quina en los microbios maláricos y el mercurio en los plastídulos de la sífilis ejercen alguna.

¡Bien hayan, pues, las actividades naturales de nuestras células, que ellas nos permiten vivir, mientras la futura Terapéutica venga en nuestro auxilio! La misma fiebre no es más que la manifestación exterior, perceptible para nosotros, de una vida morbosa celular, puesta en juego por varias causas, pero en primera línea por los productos microbianos; fiebre, no obstante, á mi ver sin ninguna finalidad determinada, que así puede ser salvadora como demoledora y que por tanto, según las circunstancias, debe ser respetada ó combatida.

En cambio, hay algunos estados morbosos primitivamente celulares, de marcha crónica, contra los cuales la Terapéutica farmacológica goza de muy escaso dominio. Refiérome á las enfermedades de la nutrición, que, por ser con harta frecuencia heredadas y arrancar

de consiguiente de la vida embrionaria, ó por haber evolucionado más tarde por acción tóxica, infectiva ó de otro género, de todos modos forman ya parte de nuestra propia substancia. Claro es que disponemos de algunos agentes medicamentosos que, por acción directa sobre el funcionalismo celular ó por el intermedio del sistema nervioso, regularizan los desórdenes nutritivos, acelerándolos ó retardándolos; y que el yodo y los yoduros, los alcalinos, los tónicos neurosténicos y reconstituyentes, los tetánicos, los analgésicos, los excitantes mal llamados medicamentos de ahorro y las aguas minero-medicinales bicarbonatadas, cloruradas, arsenicales y sulfurosas, pertenecen á aquella categoría; pero es preciso convenir en que sus resultados son poco brillantes, si al propio tiempo no se pone el enfermo al amparo de la climatoterapia y de la aereación, de la balneoterapia, del régimen alimenticio apropiado, del ejercicio metódico, del descanso psíquico y de todo el concurso de medios generales capaces de producir una metasincrisis.

Pero el hombre es algo más que una inmensa federación celular, y luce una riqueza extraordinaria de órganos diferenciados que funcionan en admirable concierto, no sólo por conexión de actos, sí que también por poseer lazos vasculares y nerviosos comunes. El tercer objetivo de la Terapéutica consiste precisamente en mantener equilibradas las vísceras, cuando una ó más de ellas funcionan anormalmente, á fin de que la unidad no se rompa. ¡Y tan fácilmente como se rompe en los organismos superiores, que por serlo son los más unitarios! Ante este conflicto, toda la sagacidad del clínico es poca. Si se empeña en no ver más que una lesión circunscrita para atacarla, despreciando el quebranto que puedan experimentar los otros órganos asociados, posiblemente la labor terapéutica resultará estéril. Es preciso que el terapeuta sepa apreciar el total conjunto, para hacer la disección mental de los fenó-

menos primitivos y de los consecutivos, de los principales y de los accesorios; que cuide de inquirir si la función de un órgano está exaltada, para enfrenarla, ó decaída, para enardecerla; que logre comprender que si un funcionalismo está muy comprometido y hasta en trámite de perderse, importa buscar apoyo y funciones supletorias en otras partes, para que el anillo nõ se quiebre. ¿De qué ha de servir, por ejemplo, el intento de activar las secreciones hepáticas en un caso de colecistitis obturante, si en camino de una colhemia los riñones se muestran perezosos á la eliminación de la materia biliar que tiene la sangre intoxicada? Mientras se resuelve tal vez la conveniencia de una intervención quirúrgica, ¿no hay necesidad premiosa de buscar eliminaciones por el aparato renal ó por los intestinos? Y en caso de hiposistolia, cuando el corazón se colapsa, no por degeneración del miocardio, sino por las enormes resistencias que encuentra en un hígado moscado y en los éstasis del aparato respiratorio ¿bastará, por ventura, el uso de los cardiomotores, si se olvida de practicar la descongestión hepática y la pulmonar?

Nuestro organismo es así: siempre en mar-

cha de unidad, porque no hay un solo órgano en nuestra complicada máquina que viva una vida independiente, ni en el estado normal, ni en el patológico. Es por esto que las especialidades en Medicina, por más que la *división del trabajo*, en cuyo principio económico estriban, les haya permitido adquirir un vuelo científico esplendoroso, pueden hacerse peligrosas en el concepto humanitario, si el especialista no está bien penetrado del criterio biológico que aquí estamos defendiendo. Si estima que el órgano, cuyas enfermedades trata, vive solitario y con independencia de los demás y que se lesiona sin vínculos ajenos, incurrirá en el mayor de los despropósitos. Ningún especialista, con honores de serlo, puede prescindir del conocimiento total de la Patología.

Gran parte de esto atañe también á la Cirugía visceral. La singular destreza de nuestros cirujanos, amparada con el manto de la asepsis que no se logra con agentes microbicidas, sino con una cosa tan simple y fácil de obtener como es la limpieza, les ha permitido penetrar en el interior de nuestras cavidades y proceder á incisiones y hasta exéresis de las vísceras encerradas en ellas. El éxito ope-

ratorio muchas veces corona la intervención; y el arte, representado por la mano del cirujano, queda satisfecho, aun tratándose de afectos cerebrales y del pulmón que parecen ser de un gran riesgo. Pero los resultados inmediatos, los del traumatismo quirúrgico ¿vienen más tarde confirmados por la curación definitiva de la enfermedad? Por desgracia, no siempre sucede de esta manera: el paciente ha corrido todos los peligros inmediatos de una mutilación, el operador se ha cubierto de gloria, pero el enfermo no siempre se ha curado. Es que influye grandemente el tratarse de la mutilación de un órgano par ó impar, y por tanto de la posibilidad ó imposibilidad de que se establezca la función suplementaria; no influye menos la rapidez ó lentitud con que ha evolucionado el proceso, ya que en el último caso el organismo, en más ó menos, ha ido adaptándose, por hábito morboso, á la nueva manera de ser, y se han ido produciendo compensaciones en vísceras de acción similar; y sobre todo, debe tenerse muy en cuenta la categoría del órgano, porque no todos ejercen por igual actos indispensables á la vida. Puede muy bien vivirse sin testículos, ovarios y matriz, pero ya no

es tan fácil que el fisiologismo se sostenga después de una gran resección de un intestino; no es lo mismo practicar una nefrectomía para librar al enfermo de una nefritis supurada ó hasta de un neoplasma sin infección, que extirpar el bazo ó el páncreas; hay gran diferencia entre una toracoplastia, que casi con seguridad cura el empiema, que seccionar un lóbulo del pulmón; es mucho más peligrosa una laparotomía encaminada á curar la invaginación intestinal—proceso agudo—que operar un quiste hidatídeo del hígado, proceso crónico. Y no puede suceder de otra manera si se tienen en cuenta las relaciones de unas vísceras con otras y sus mutuas substituciones.

No es, pues, una tarea fútil la de la Cirugía visceral, si quiere buscar, como es justo, algo más que lauros de anfiteatro. Si se trata de un caso de urgencia, si se trata de cumplir una indicación que puede ser vital ó salvadora, claro es que el cirujano debe atreverse á todo; pero cuando la mutilación ha de recaer en un órgano, cuyas funciones no pueden ser substituídas sin gran peligro de la vida, preferible es abstenerse ó al menos agotar antes todos los recursos de la Terapéutica

incruenta. A veces es un mérito saber esperar y resistir esa especie de obsesión que produce un acto quirúrgico. ¡En cuántas ocasiones los que llevamos ya muchos años de ejercicio clínico, hemos visto enfermos que por evoluciones más ó menos inesperadas se han salvado, después de haber creído indicada, en ciencia y conciencia, una manipulación operatoria! No se vea, sin embargo, en estas palabras otra intención que encarecer la necesidad de que el cirujano, como todo terapeuta, ajuste sus actos al modo de ser funcional del organismo humano, y pese en el fiel de la balanza el pro y el contra del problema que ha de resolver. ¡Cómo no, si hasta puede darse el caso que un simple paquete hemorroidal ó un hidrocele deban ser respetados, por el temor fundado de que su desaparición agrave afectos cardíacos, hepáticos y hasta cerebrales que el enfermo conllevaba, gracias á aquellos estados!

XI

Si en el sostén de la vida del hombre tienen tanta importancia sus órganos diferenciados, que una de las principales miras del terapeuta ha de consistir en que sus conexiones no se desunen, no debe admirarnos que también en este punto la Terapéutica, apoyándose en hechos biológicos, quiera utilizar aquellos mismos órganos en substancia ó solamente ciertos productos de secreción interna para la curación de determinadas enfermedades. Esa organoterapia, en principio, puede juzgarse tan racional como la seroterapia, porque deriva del conocimiento de la fisiología normal y de la patológica.

Nadie ignora la influencia que los estudios de Brown-Sequard y de Poehl han ejercido sobre este particular, aunque entre ellos no haya exacta concordancia, pues el primero individualizó el caso, contrayéndose al líquido testicular, al paso que el segundo generalizó la procedencia de su *espermina* atribuyéndola á mayor número de órganos y sobre todo á los glóbulos blancos. Esto le permitió afian-

zar más la tesis de que existen en nuestro cuerpo condiciones químico-biológicas uniformes, entre las que sobresale la actividad de la espermina sobre las oxigenaciones de los tejidos, para neutralizar la acción reductora que en la sangre ejercen, entre otras, las materias excrementicias del hígado y de los riñones. Después de esto el impulso estaba dado, y los efectos variados que todos hemos podido comprobar usando como agentes medicamentosos el cuerpo tiroides en la polisarcia por retardo de oxidación, en el mixedema, en el bocio-exoftálmico, en la psoriasis, etc., y el páncreas en ciertas formas de diabetes, y los que han logrado otros con las cápsulas suprarrenales, el timo, los ovarios desecados, etc., animan á seguir la experimentación clínica; y si los hechos definitivos dan la sanción á la opoterapia, cosa que no podemos aquilatar todavía, sumaremos una prueba más á todas las expresadas anteriormente, en demostración plena de que el organismo cuenta para equilibrarse y reintegrarse, en caso de enfermedad, con auxilios propios. Si no fuese así, habrían ya desaparecido las especies, extinguidas en su continuo batallar con las causas morbígenas.

XII

Si las funciones de la inervación, normales y patológicas, son las que dan al hombre más carácter, la Terapéutica humana también ha de perseguir como uno de sus fines más principales la regularización del sistema nervioso; pero como mi trabajo no lleva otro propósito que el de trazar, por medio de la síntesis, grandes líneas generales de Patología aplicadas á la Terapéutica, huelga aquí la indicación del tratamiento de los procesos morbosos intrínsecos de aquel sistema, lo cual es asunto propio de la Neuropatología. Dejando, pues, de lado el tratamiento de la alienación mental y el de cada uno de los procesos neuro-patológicos, voy á contraerme á las indicaciones terapéuticas que se deducen de la participación que tiene el sistema nervioso en el proceso general de la nutrición, en la solidaridad de todas las funciones y en el psiquismo de los enfermos.

Que el sistema nervioso interviene directa-

mente en las mutaciones nutritivas, es de toda evidencia; y lo demuestran de consuno la fisiología normal y la experimental y aun mucho más la patología, que se ha encargado de llenar las lagunas dejadas por aquéllas. Pero cuando se trata de regularizar esos desórdenes neuro-tróficos generalizados, ora por exceso, ora por defecto de los cambios nutritivos, las dificultades son de gran monta; y se comprende, porque si es un hecho ya positivo que el sistema ganglionar, v. g., es un sistema doble compuesto de unos elementos excitantes de la función nutritiva y de otros inhibidores, y que la parálisis de estos últimos equivale en definitiva á la suma de los primeros, ¿en dónde está el fármaco que puede influir sobre un órgano estimulándolo y deprimiéndolo á un tiempo? Los mismos problemas referibles á la debatida cuestión de los vasos constrictores y dilatadores, no resueltos de todo punto, contribuyen también á dificultar la misión del terapeuta. Por fortuna la medición del peso de los enfermos y, sobre todo, el análisis de la orina que, mejor que cualquiera otra balanza, indica con bastante fidelidad las aceleraciones ó retardos de la nutrición normal ó pone de manifiesto la presencia de cuerpos que

en estado fisiológico no se eliminan por los riñones — al menos en cantidad que tenga valor clínico — arrojan bastante luz para fundar bases terapéuticas.

En este supuesto, según interese estimular la acción nérvea ó inhibirla, echaremos mano de una serie de recursos que desarrollan sobre el organismo efectos análogos, desemejantes y hasta contrapuestos. De ahí las utilidades del movimiento y de la quietud; del régimen animal y del vegetariano; del clima de las elevadas montañas, de los valles bajos y del litoral marítimo; de la electricidad estática y de la dinámica; de los tetánicos y los bromuros; del fósforo, del hierro y de los alcalinos, y de los jugos orgánicos y sueros dinamógenos.

Más seguro muéstrase el camino que ha de recorrer el terapeuta para mantener reguladas, en caso de enfermedad, las funciones que el sistema nervioso ejercita sobre la totalidad de nuestros órganos, puesto que para ello basta saber apreciar el colorido de los cuadros sindrómicos y elevarse al conocimiento patogenético de cada caso. Todo esto permite distinguir si por parte del eje cerebro-espinal y de los centros ganglionares las energías

están exaltadas ó deprimidas, y si la depresión obedece á una hipostenia positiva ó á un acto puramente inhibitorio, para ajustar el tratamiento á cada una de estas variantes.

La farmacología, por fortuna, conoce bien la acción fisiológica de todos los medicamentos que pueden actuar sobre el sistema nervioso en medidas tan diferentes; mas, para que se vea la complejidad de la labor clínica—bien distinta por cierto de la simplicidad seductora de los libros—debe tenerse muy en cuenta, para poder cumplir sin rutinarios empirismos las indicaciones terapéuticas, el estado en que se halla la vascularización de aquellos centros nerviosos. Ya en el Congreso de Roma, tratando de la *patogenia de los delirios pneumónicos*, hice hincapié en este asunto, que ahora generalizo más. Cuando en un proceso agudo de naturaleza infectiva, gracias á las conexiones viscerales y á la mancomunidad de riego sanguíneo y linfático, el centro cerebral ó la médula también toman parte en lo que ya resulta un *complexus* morboso, no basta suponer que nuevas colonias microbianas ó que las substancias tóxicas mantienen irregularizadas las funciones del encéfalo ó las espinales, sino que el clínico

ha de saber apreciar al propio tiempo si hay congestión, hipocongestión ó anemia, y hasta si la primera es activa ó por éstasis. Así, aunque tuviésemos disponible para cada caso una substancia microbicida ó antitóxica, no nos haríamos dueños ciertamente del desorden morboso — dado nuestro criterio individualista — sin regularizar al propio tiempo la presión vascular ora con congestionantes, ora con sedantes, ora con isquémicos.

Por lo demás, la clase de acción que tiene el sistema nervioso en cada uno de los actos mórbidos de las vísceras, se califica con facilidad suma á favor de una fisiología patológica la más elemental. Nadie confundirá, por ejemplo, la contracción saturnínica de los intestinos, que reclama poderosamente un paralizante como el opio, con un timpanismo con parálisis, que pide una substancia tetánica ó reclama una faradización; nadie titubeará en prescribir la morfina ó un bromuro contra la apnea producida por el espasmo asmático, ni todo género de excitantes en la disnea pre-agónica.

XIII

Pero todavía, y vaya como punto final de este Discurso, se ha de preocupar el médico de otra indicación que, por ser la más humana y hasta la más humanitaria, no puede dejar de cumplirla si, estando á la altura de su misión, quiere ver en el enfermo su prójimo y no un lote de gabinete experimental ó una cosa anónima de anfiteatro. No debe olvidarse que el hombre, por su característica cerebral, es un ser de altísima fisiología psicológica y que su sensibilidad moral desempeña un papel preeminente en la producción y sostenimiento de muchos estados morbosos. Es esta una cuestión de hecho, incontrastable, y que puede ser afirmada sin recurrir á comprobaciones escolásticas de ningún género.

El enfermo es un hombre, y, por tanto, á menos de estar sumido en obtusión mental, siempre da — como manifestación del modo de ser de su espíritu — una nota psíquica, aunque variable según la individual manera

de reaccionar y de sentir. Unas veces con ánimo sereno conlleva la enfermedad y parece desafiar la muerte; y otras, muéstrase temeroso, abatido y sólo gustoso de acariciar presentimientos lúgubres: el primero reacciona, se defiende y resiste; el segundo se agota y colapsa. Quién, siempre irritable, propenso á la cólera y de un humor negro; quién, por el contrario, manso, dúctil y resignado. Melancólico y cabizbajo el que adolece de afectos crónicos gastro-hepáticos; esperanzado, visionario y en gran manera suges-
tible el tuberculoso de pecho. Ya sé que todas esas modalidades de la afectividad vienen estrechamente enlazadas con la índole especial de los afectos físicos y con las energías que nacen con cada uno; pero, ¿con qué droga, mejor que el ascenso moral que el médico ejerce sobre el paciente, se podrá templar la excitabilidad afectiva de un enfermo y levantar el abatido espíritu de otro? ¿Con qué suero y con qué jugo orgánico puede cumplirse esa medicina moral que lleva el sosiego á un espíritu conturbado y al corazón la esperanza, que es el sueño del hombre despierto? Y cuando un proceso morboso viene sostenido ó quizá ocasionado por una cadena de

actos emotivos, ¿qué terapéutica puede rivalizar con un buen consejo, una reflexión sensada y hasta una amonestación cariñosa, si entre el médico y su cliente se ha establecido una comunión [de afectos? El hombre, por ser más reflexivo que la mujer, y ésta, por disfrutar de mayor sensibilidad moral que el hombre, ofrecen ancho campo al terapeuta que sabe ver en el enfermo algo más que cosas tan materiales como las cifras térmicas y las frecuencias del pulso.

Todo esto, señores, no lo enseña ni puede enseñarlo la Medicina experimental, lo enseña tan sólo la Medicina humana, aquella ciencia que permite ver el hombre, tal como es, uno é indivisible en sus funciones, á pesar de la asombrosa complejidad de su organismo; que no ha de ser él ciertamente quien rompa la unidad característica de los seres. Como no hay antagonismos entre la Clínica y la Fisiología y á ésta no puede hacérsela responsable de que, por un error de método, sea interpretada malamente, huyamos de toda mira estrecha que, en fuerza de fraccionar y de dividir los objetos, no permite ver en el hombre más que piezas sueltas y desconexionadas: esto conduciría á una concepción fisio-

lógica y patológica de todo punto equivocada y, lo que es peor, llevaría á una Terapéutica también falsa y, como falsa, infructuosa. El médico detallista que sólo aprecia los hechos dispersos y no sabe enlazarlos y articularlos para elevarse al conocimiento del total conjunto, nunca hará Medicina humana.

He concluído, y sólo habéis de permitirme, Señores, que resuma en brevísimas líneas la parte substancial de mi discurso.

El hombre, por derivar de una célula fecundada, tiene caracteres fisiológicos que son comunes á todos los seres de la escala zoológica.

Al diferenciarse sus órganos en la vida embrionaria y en su desarrollo ulterior, fetal y extrauterino, se distingue el hombre de todos los animales vivientes, hasta de los más afines, por su construcción cerebral, la más perfecta. Esta disposición anatómica arguye la total centralización de las funciones del cuerpo, y permite la producción de la suma de actos psíquicos característicos de la personalidad humana.

La patología del hombre, dentro de los ca-

racteres comunes á la de todos los seres celulares y de órganos diferenciados, ofrece como característica la mayor conexión de las funciones viscerales y la participación plena del sistema nervioso en todos los actos morbosos.

Siendo la enfermedad una reacción del organismo contra las causas patógenas, las dos indicaciones fundamentales de la Terapéutica han de tener por objeto la extinción de las causas y el sostenimiento de las energías celulares. Pero esto no basta. Para que el ciclo morbozo se cumpla, el terapeuta ha de mantener las funciones de los órganos en el equilibrio posible; y como quiera que el sistema nervioso es el regulador de todos los actos fisiológicos, de ahí la necesidad imperiosa de mantenerle fortalecido.

HE DICHO.





BARCELONA
IMP. HENRICH Y COMP.^o
1897